

exterior las leyes que dirigen al mundo moral. De este modo nace la Filosofía de la Historia, ciencia desconocida de los antiguos, porque tenían pocas ruinas á su vista para calcular los grados de desarrollo y decadencia de un pueblo ó de una constitucion; y así como el primero que estudió al hombre no pudo adquirir noticias exactas sobre su vida y su muerte, tampoco fué dado á los antiguos conocer si todos los imperios tenían infancia, juventud, vejez y decrepitud. ¿Acaso el astrónomo puede calcular los elementos de un cometa la primera vez que aparece? Cuanto mas, que confiados en lo presente y considerándose cada uno como centro y circunferencia, no investigaban nada mas allá de la ley nacional y contemporánea. En efecto, el egoísmo es el que pinta con Heródoto, medita con Tucídides, cuenta con César y compila con Diodoro; la Historia en estos escritores narra los sucesos con relacion á una política mas ó ménos estrecha, en provecho ya de una ciudad, ya de un imperio, ya de una ambicion, sin reflexionar jamas sobre la humanidad en su conjunto, considerando á los Griegos y á los Romanos como pueblos privilegiados, y á los demas como bárbaros ó siervos.

El Cristianismo elevó la Historia á ciencia universal en el instante en que, al proclamar la unidad de Dios, proclamó la del humano linaje; y enseñándonos á rezar el *Padre nuestro*, nos hizo reconocer á todos como hermanos. Solo entonces pudieron nacer la idea de la armonía entre todos los tiempos y todas las naciones, y el pensamiento filosófico y religioso del progreso perpétuo é indefinido de la humanidad hacia la grande obra de la regeneracion y del reinado de Dios. San Agustín, Eusebio, Sulpicio Severo y algunos otros escritores en los tiempos de la decadencia del imperio romano consideraron de esta manera la Historia; la edad média, mas ocupada en fabricar el porvenir que en reflexionar sobre lo pasado; sepultó su voz en el olvido hasta que en esa voz se inspiró Bossuet en su sublime *Discurso*, único que hermana la observacion de los modernos con la exposicion de los antiguos, y que reúne á una erudicion vigorosa un estilo inimitable. Contemplando Bossuet el mundo desde la altura del Sinaí, á la vez que notifica á los poderosos duras y desusadas verdades, tomadas del libro infalible, y que manifiesta la vanidad de las cosas humanas, señala el fúnebre séquito de naciones y reyes que pasan de la vida á la muerte, siguiendo el camino indicado por el Señor; como si las naciones no estuvieran destinadas mas que á formar el acompañamiento del Mesías esperado ó concedido.

Así como Bossuet pone todos los pueblos bajo la direccion de la Providencia, Vico somete los acontecimientos á las leyes del pensamiento humano; y para él las instituciones, las revoluciones, los sucesos, son la expresion material de una idea innata en nuestra inteligencia, de una ley sábia que se manifiesta entre los errores y la iniquidad. Partiendo de una teoría metafísica

sobre la justicia, cuyos principios encuentra en la naturaleza espiritual del hombre, y cuyas aplicaciones sigue en el derecho histórico, cree que los acontecimientos se desenvuelven en relaciones mas ó ménos directas con una ley á que está subordinado el mundo de las naciones; y pasando, despues de ilustrar la Historia de la legislacion romana, á generalizar esta hipótesis en su *Ciencia Nueva*, indica cómo se elevan los hombres desde el estado de la naturaleza al de la sociedad civil, cómo se reducen las aristocracias á gobiernos humanos, para caer de nuevo en su primitiva brutalidad, de modo que las naciones recorren inevitablemente un círculo fatal de siglos de idolatría, de barbarie, de legislacion, ó sea, de los dioses, de los héroes y de los ciudadanos. Suprime, pues, tambien la libertad, pero deja subsistente la razon, suponiendo que las leyes son el principio único de los fenómenos de la sociedad, de suerte que en vez de una serie de generaciones que vivieron, sintieron, lucharon, amaron, no se tiene mas que una serie de ideas inmutablemente enlazadas; y para que los grandes hombres no sobresalgan entre esta multitud, los abate negando su existencia. Con admirable fuerza de intuicion se adelantó á su siglo, buscando noticias sobre los pueblos primitivos en las fabulas y en las tradiciones poéticas, en relaciones inconexas, en vestigios de los antiguos idiomas; pero al investigar los principios del mundo de las naciones en la *naturaleza de nuestra mente humana y en la fuerza de nuestro entendimiento*, somete la erudicion á la reflexion; y no sabiendo plegarse ante las dificultades, obliga á la Historia á hablar segun su sistema, y á los hechos á estrecharse dentro de su carácter poético y de su ideal romano. Las naciones por tanto no tienen, segun Vico, nada que aprender ni que imitar de las generaciones precedentes, pues que al llegar á su tercer período deben volver indefectiblemente al estado de naturaleza; de donde se deduce que todos los esfuerzos que el mundo emplea para mejorar no darán por resultado mas que una situacion peor, y finalmente, la destruccion; estando la humanidad obligada á comenzar una y otra vez esta fatal y desconsoladora tarea. Ni siquiera admite como Maquiavelo que pueda un genio, haciendo retroceder las instituciones hasta su origen, impedir el eterno viaje desde la vida á la muerte. Por el contrario, despues de haber sostenido Jordano Bruno en 1584 la pluralidad de mundos; despues que Galileo, Descartes, Newton y Huyghens habian revelado el orden de los cielos, tiene Vico por absurda la existencia de mas mundos, y afirma que aun dado caso que existieran, deberian estar sujetos á la misma ley providencial que el nuestro.

Aun disimulándole que prescindiese del mundo oriental, imposible sería perdonarle el haber pasado sin explicacion alguna hechos importantísimos del nuestro, como la destruccion de la idolatría, de la esclavitud, de las castas, y la

preferencia dada á los derechos del hombre sobre los derechos del ciudadano. Apareció despues la sociedad americana con una civilizacion sin dioses, sin héroes ni feudatarios, progresando solo á impulsos de la industria y del trabajo libre, y desmintió á Vico, para quien todo progreso se reducía á la resurreccion de Grecia y Roma; y alimentó la confianza de que el hombre no está destinado á pasar por las supersticiones y las atrocidades para llegar á la ciencia y á la justicia.

Vico, tan superior á su siglo, que no le comprendió, ni aun escuchó, volvió á gozar crédito en nuestra época, pero fué despues que el progreso habia roto su cadena; de modo que ya no le resta cosa alguna por vaticinar. Su obra, sin embargo, es uno de los pocos libros originales que conmueven profundamente el ánimo y dan impulso al pensamiento; y á ella se refieren todas las teorías modernas, porque, ántes que Beaufort, relegó entre las fábulas poéticas los acontecimientos de Roma primitiva; ántes que Wolf dudó que la *Iliada* era la obra de un pueblo y la última expresion erudita despues de muchos siglos de poesía inspirada; ántes que Creuzer y Goerres descubrió ideas y símbolos en las imágenes de los dioses y de los héroes, y fijó la atencion en el carácter austero y religioso de las naciones en sus primeros tiempos; porque encontró por la inspiracion del genio ántes que Niebuhr lo consiguiese con la erudicion, el significado de la lucha entre patricios y plebeyos, entre la multitud y las curias; y en fin, porque demostró ántes que Gaus y Montesquieu la estrecha relacion del derecho con las costumbres (1), y cómo los gobiernos se amoldan á la naturaleza de los gobernados.

Pero si Montesquieu, genio aprisionado en su siglo, hubiera conocido la *Ciencia Nueva* ya publicada cuando viajaba por Italia, acaso habria dado una trabazon superior á las inconexas observaciones con que trazó tambien una historia de la humanidad; atribuyendo las instituciones y la manera de existir de los pueblos á los legisladores, á los filósofos, á los intrigantes, y hasta al clima, cuando no habia otra cosa, y poniendo así una barrera al progreso y una cadena al libre albedrío.

La serie de cuestiones supremas que Bossuet fundó en la fe y en la amenaza, la fundó Voltaire en la crítica y en la befa, resolviéndolas por medio de agudezas, que muestran en qué extravagancias se ve obligado á creer el que no quiere dar crédito á nada.

Entre los Alemanes, luego que Leibnitz abrió la senda para la averiguacion concienzuda de la verdad, siendo el primero á quien ocurrió buscar la Historia en las lenguas, vino Kant

(1) Tito Livio no da ninguna idea de las Doce Tablas, aunque confiesa que en su tiempo eran todavía el fundamento del derecho público y privado. Vertot, Lorenzo Echard, Rollin y otros muchos autores modernos no prestan atencion á este hecho, al paso que emplean páginas enteras en pormenores de batallas, probablemente inventados, y de seguro inútiles.

modificando la razon pura y el estudio del hombre abstracto con el del hombre práctico; é indicó la posibilidad de escribir una historia general en que se considerase la especie humana como el cumplimiento de un designio misterioso de la naturaleza, dirigido á perfeccionar una constitucion interior, á la cual conduce la organizacion de los estados, conforme á las disposiciones que la misma naturaleza puso en los hombres. Otros habian ya indicado esta unidad de fin en el movimiento de las sociedades; pero él fué quien la estableció mas claramente, distinguiéndola de la armonía de lo criado, y fundó una escuela de pensadores que se dedicaron á observar la manera con que los individuos y las sociedades cooperan al perfeccionamiento de la humanidad.

No á las leyes de la Providencia, no á las de la razon, sino á la naturaleza exterior, sometió Herder al hombre; suponiendo que los rios, los montes, la atmósfera, modifican el tipo único y determinan las facultades del alma lo mismo que la disposicion del cuerpo. Otro tanto habia dicho Montesquieu; pero, fiel á su siglo, reducía la naturaleza moral y las instituciones sociales á consecuencias fortuitas del mundo exterior, mientras que Herder lo concibe como un instrumento de estampacion destinado á imprimir las facultades en el alma: Montesquieu deja gran parte al genio y á la prudencia del hombre; Herder lo presenta formado hasta en sus últimos pormenores. Este autor con frecuencia oscuro, declamador siempre, exagerando la influencia del clima indicada ya por Hipócrates dos mil años ántes que Bodin y Montesquieu, petrifica la Historia cuando mas pretende imprimirle movimiento; somete los destinos de la humanidad á la naturaleza exterior, y mira el mundo como representacion de no sé qué Dios-naturaleza. Segun su sistema, los seres van elevándose en serie progresiva desde el mineral y la planta hasta el hombre: todas las fuerzas de la naturaleza existen ab eterno; en su conjunto reside Dios; de sus combinaciones nacen todos los seres; de su equilibrio armónico el movimiento universal; por ellas el hombre ejerce su acción sobre el mundo exterior y el mundo exterior la suya sobre el hombre, de suerte que segun el grado de latitud en que se hallan los pueblos, varían su libertad, sus costumbres y leyes, y en una época determinada con arreglo al sistema del universo, nacen determinadas formas de gobierno y de progreso. Pero cuando quiere explicar el idioma, se ve precisado á recurrir á la tradicion por faltarle el auxilio de la naturaleza.

Boulanger, investigando la historia primitiva, ve nacer la sociedad del terror, como Vico; dominar primero los dioses, despues los héroes divinizados; constituirse en seguida las repúblicas; renacer la teocracia en la edad média, y luego encaminarse otra vez la sociedad á las monarquías templadas, supremo término del progreso. Turgot asegura que mientras los animales y las plantas se reproducen con inalterable uniformidad, la humanidad marcha mejorando en cien-



cia y en moral, convirtiéndose los hombres de cazadores en pastores y luego en agricultores; y cree que el Cristianismo fué un progreso que continuó en la edad média. Aquí brilla ya la idea del progreso de la humanidad considerada como un ser único, progreso calificado de indefinido por Condorcet, hechura de la *Enciclopedia*, que sin embargo no veía otras mejoras sino las que la revolución entonces estaba efectuando; y trazaba el cuadro de una décima época, en la cual se complacía en colocar todos los adelantos del hombre y de la sociedad, aunque siempre dirigidos al bien individual.

Hegel, jefe de la escuela filosófico-histórica alemana, pretende que el alma del mundo se manifiesta bajo cuatro aspectos: sustancial, idéntico, inmóvil, en Oriente; individual, variado, activo, en Grecia; compuesto en Roma de los dos primeros en lucha perpétua entre sí; de cuya lucha sale luego el cuarto que concierta y armoniza lo que estaba desunido, y que se manifiesta en las naciones germánicas. Para él la religión no es solo un impulso del sentimiento, un fulgor de la imaginación, sino el completo resultado de todas las facultades del género humano. En Oriente, el hombre se aniquila en la idea del ente infinito, y de aquí el poder teocrático; en Grecia, desapareciendo lo infinito, surge con proporciones inmensas la actividad humana, la cual viene a ser predominante en Roma formando una personalidad egoísta; y después, en los pueblos germánicos se reconcilia la unidad divina con la naturaleza del hombre, y de la reconciliación nacen la libertad, la verdad y la moralidad.

Michelet, siguiendo a Schelling, ve en el mundo una lucha perpetua entre la libertad y la fatalidad. Cousin encuentra formada cada época por uno de los elementos de la razón humana, lo infinito, lo finito, la relación; y un país, un pueblo, un genio no se engrandecen sino en cuanto sirven fatalmente a uno de estos elementos. Para él cada lugar, cada pueblo, cada revolución representa uno de los términos del desarrollo necesario, y el triunfo viene siempre a coronar la mejor causa. Partiendo de distintos puntos llegan al mismo término Hugo y Savigny, afirmando que la perfección proviene del impulso instintivo no guiado por la razón; que en ella no influyen ni la libertad humana ni el refinamiento intelectual, sino los usos, las costumbres, en una palabra, la tradición; y que por tanto es inútil la aparición de los grandes hombres y perjudicial la tarea de los legisladores.

Mas bien se apoyan en la religión Daumer, que siguiendo a Lessing cree que se llegará a una religión absoluta por medio de todas las religiones anteriores, revelaciones sucesivas de la mas alta razón humana; y los Sansimonianos, los cuales contemplando al pueblo que trabaja y tiene hambre, que obedece y calla, creen que todo esfuerzo humano debe dirigirse a la unidad del sentimiento, de la doctrina, de la actividad, a la asociación religiosa, científica, industrial, en que se asigne a cada uno el trabajo segun

su capacidad y la recompensa segun sus obras.

Uniendo Buchez esta doctrina con la de Herder, y con mas positiva erudición poniendo la moral como ley suprema, y considerando la Historia como el acto incesante de la humanidad, que cumple su destino en la tierra, invoca a la naturaleza para realizar el perfeccionamiento juntamente con la humanidad (1); analiza la idea del progreso hasta el punto de fundar su ciencia en bases metafísicas; presenta la teoría completa de la actividad sentimental, científica é histórica, y pretende, no solo someter la Historia al método riguroso de las ciencias naturales, sino buscar en ella la demostración viva de la ley moral y de la revelación divina; todo con la idea de proponer un fin a la actividad de los hombres y de las naciones.

La escuela del progreso no se separa del principio de Vico, sino en sustituir al círculo el continuo adelante; y por lo demas considera en la Historia como único poder el del pensamiento. Otros de la misma escuela sansimoniana dedujeron una teoría panteísta, segun la cual la naturaleza y la Historia son manifestaciones del gran todo llamado Dios; manifestaciones en las cuales todo es necesario, como inevitable consecuencia de los fenómenos anteriores y causa segura de los subsiguientes (2).

Para De Maistre el mundo es un inmenso altar donde todo debe ser inmolado en perpétua expiación del mal causado por la libertad del hombre. Ballanche considera el mundo como una ciudad de expiación donde se desenvuelven los dos dogmas generadores de la caída y de la rehabilitación. Federico Schlegel pretende que con la palabra, distintivo de la humanidad, fueron reveladas al hombre las verdades principales, religiosas, morales y sociales. Segun su doctrina, la palabra se alteró primeramente en el hombre, después en la raza entera; y mientras la filosofía pura debe restablecerla en la conciencia, la Filosofía de la Historia debe hacer lo mismo en toda la especie, y mostrar la marcha de esta regeneración. De cuya experiencia se deduce claramente que en todo acontecimiento luchan y se combinan cuatro principios de acción: la fuerza material, el libre albedrío, el mal principio y la voluntad divina que salva; de aquí las diversas facetas de la palabra, de la fuerza, de la luz y de la redención, polo divino en medio de los tiempos. También Bonald, Adam Müller, Haller, sostienen que toda institución civil es obra inmediata del autor de la naturaleza, de donde deducen que no puede obtenerse el perfeccionamiento de la razón y del corazón sino siguiendo la tradición primitiva de las voluntades de Dios. Baader ve al hombre seguir constantemente el pensamiento de la Providencia sin perturbar la armonía universal; y este pensamiento consti-

(1) Véase la *Encyclopédie nouvelle*. Es notabilísimo el escrito de M. Chevalier que sirve de introducción a sus cartas sobre América.

(2) *Introduction à la science de l'histoire*.

tuye a su modo de ver la Redención, obra de misericordia continuada por todos los siglos. Los primeros la prepararon, y ofrecido el sacrificio que salvó a la humanidad, todos tienden a propagar el Cristianismo, impulsando así al mundo a un progreso incesante y excitándolo incansablemente a la justicia, a la unidad, al amor. Esta doctrina condena por tanto el fatalismo; proclama la libertad del hombre, de cuya voluntad no puede verse la decisión, mientras puede verse la de Dios; y sostiene que de esta manera hasta el desorden viene a establecer el orden, quiéranlo ó no las criaturas.

Así la Historia nace del deseo innato en el hombre de conocer las acciones de sus semejantes; conviértese después en ejercicio de arte, en seguida en escuela de experiencia, luego en campo de lucha, y por último en ciencia de la humanidad, en la cual se buscan razones remotas y conformes a los hechos, a la manera que el observador investiga en lo alto del cielo la causa que mueve los abismos del mar con el flujo y el reflujo.

Cuando la Filosofía de la Historia se apoya en los hechos contentándose con averiguar su exactitud, exponerlos, encadenar sus fragmentos y resumir toda clase de conocimientos históricos, entonces eleva la mente como nunca lo hizo la ciencia antigua; pero si traspasa estos límites, degenera presto en sistemas adoptados caprichosamente y sostenidos por una indeterminada serie de observaciones sobre los acontecimientos, y con demasiada facilidad reduce al hombre, en nombre de la Providencia ó de la fatalidad, a víctima, testigo ó instrumento, en vez de vigorizar en él el noble sentimiento de la libertad moral.

Pero estos sistemas ¿pueden sostenerse ante la totalidad de los hechos? ¿El mundo que pasa es verdaderamente velo de un mundo que se perpetúa?

A la verdad, el hombre, sin saberlo, cumple en la tierra los designios de Dios, porque la Providencia que trazó a los planetas órbitas determinadas, no pudo abandonar la especie humana al ciego capricho; antes bien la dirige por medio de un lazo misterioso en que la libertad y la presciencia se enlazan sin contrariarse. Un talento perspicaz que supiera todos los descubrimientos físicos, eliminaría del espectáculo de la naturaleza gran parte de las contradicciones que a primera vista nos ofrece la contemplación de ciertos fenómenos producidos por una multitud de perturbaciones simultáneas. Pero ¿puede descubrirse por el hombre el principio racional de lo creado, el objeto de la vida de la humanidad? ¿puede aplicarse este principio a la manifestación de los hechos?

De seguro no resuelven tan inmenso problema las teorías mas francamente presentadas, las cuales en la prueba aparecen falsas é incompletas. ¿Cuál de ellas hay que no degeneren en fatalismo, suponiendo un destino que se cumple por ley de la Providencia, de la razón, ó de la

naturaleza? ¿quién ha podido señalar la parte que han tomado en los acontecimientos mas estrepitosos de nuestra civilización esa raza amarilla que forma quizá una tercera parte del género humano y cuyas vicisitudes ignoramos; los Chinos, sociedad patriarcal, inmóvil sobre la base primitiva de la piedad doméstica; ó los Indios que circunscritos en castas perpetuadas por la falsa interpretación de tradiciones religiosas, parece que han echado el áncora en el mar de las edades? ¿Son todas esas poblaciones, en fin, no ménos numerosas que las nuestras, las que detras de inmensos rios y de gigantescas montañas van completando distintamente su civilización a pasos tan lentos que son a los de los Europeos como es la precesión de los equinoccios a la revolución anual? Y sin embargo a aquella lenta é imperfecta civilización pertenecen inventos capitales, como la brújula, la imprenta, la pólvora, los números, y el arte de mantener bajo una misma ley, por el trascurso de siglos, una población mayor que la europea.

Día llegará en que estos pueblos se confundan con nosotros, cumpliéndose la promesa del Evangelio (1); y acaso entonces aparecerá en su marcha un orden providencial conforme al nuestro. Pero los naufragios que nos presenta la Filosofía de la Historia no deben quitar el ánimo de arrojarse de nuevo a las olas: muchos habian perecido antes que Colon, con sublime error, llegase al Nuevo Mundo; y las tumbas de Lapeyrouse y de Mungo Parck sirvieron de indicación a los que caminaron por sus huellas. Pero si la ciencia encuentra alguna vez la norma de los pasos que se hayan de dar, no podrá ménos de apoyarse en el conocimiento de los pasos ya dados; lo cual aumenta la importancia de las investigaciones históricas, y tanto mas, cuanto que habiendo dejado de ser individuales, se extienden a todo el globo a modo de vasta epopeya, en la cual realiza cada nación un pensamiento de Dios en interés del género humano. La Filosofía de la Historia no debe abrogarse el derecho de prescribir la fórmula del progreso, sino que debe tomar nota de él, observando los hechos que predominan en esa sublime peregrinación de la civilización del Oriente al Occidente.

Veámosla cómo desde el corazón del Asia se adelanta hacia el Atlántico: conquista, se consolida, en cada punto de descanso adopta creencias nuevas, nuevas costumbres, leyes, usos y lenguas: entonces se discuten las cuestiones capitales de las relaciones entre el hombre, Dios y el universo, y las de la jerarquía política, social y doméstica; pero a la edad siguiente la civilización emprende de nuevo su marcha y vuelve a ponerlas en discusión y a buscarles solución nueva. Sepáranla de su camino los impulsos de las razas de Sem y de Jafet, esta partiendo del Septentrion, aquella del Mediodía. Encuétranse, chocan, se mezclan y modifican; y después a cada nuevo período cobran nueva vida en su

(1) *Fiel unum ovile et unus pastor*. San Juan, X, 16.



primitiva fuente: ora difunden los hijos de Sem las artes del ingenio y del lujo, ora los de Jafet invaden las tiendas de los Semitas (1), y con su varonil é indomable fuerza dan nuevo vigor á los degenerados meridionales.

Con direccion opuesta camina la civilizacion desde el extremo del Oriente; y partiendo tambien de las alturas centrales de Asia, marcha con lentitud, siguiendo un movimiento contrario al que presenta el sol. Á par de la nuestra, es modificada por la mezcla de hombres septentrionales y meridionales, porque el Norte que nos dió los Pelasgos, los Escitas, los Celtas, los Tracios y los Eslavos, vomitó sobre estos los Yungnús, los Manchús y los Mogoles, que á su vez hicieron resonar sus aullidos salvajes hasta en las orillas del Oder (2).

Sigamos esta marcha, aprovechemos la ocasion de observar en complejo el espectáculo que nos preparamos á desenvolver en esta *Historia Universal*; y felices nosotros si sabemos sacar provecho de los méritos y de los errores ajenos.

**Época I.**  
Creacion.

La civilizacion emana de ese país fertilísimo en toda clase de belleza que se extiende entre el golfo Pérsico y la Arabia, el mar Caspio y el Mediterráneo, y que ocupa una posicion central entre la extrema India y la Escocia, la España y la China. Allí nace el hombre adulto de cuerpo y de espíritu, en la perfecta armonía de sus facultades, dotado por Dios de cuanto es necesario para su desenvolvimiento moral, físico é intelectual. La oscuridad de que está cubierto todo lo que se refiere á los períodos de formacion en la esfera de la vida orgánica y de la composicion inorgánica, envuelve tambien el origen del mundo. Nosotros, diremos con Vico (3), desesperados de encontrar el principio comun del género humano en los anales de los Romanos, modernos en comparacion de la antigüedad del mundo, ni en los pomposos fastos de los Griegos, ni en los de los Egipcios, truncados como sus pirámides, ni en los del Oriente, sumergidos en la oscuridad, vamos á buscarlo al principio de la historia sagrada, á cuyo Génesis rinden tributo de pruebas los progresos de cada ciencia.

**Época II.**  
Desde la dispersion hasta las Olimpiadas. 776 á. C.

Aquella unidad es descompuesta por el orgullo; y luego que el pecado pone en desacuerdo las facultades internas, pierden tambien la armonía las externas, el lenguaje y las tradiciones. El Paropamisio y el Cáucaso determinan dos corrientes de poblacion, una que se dirige hácia el nacimiento del sol, otra hácia el ocaso; y si á los mitos, á la etimología, á las memorias, á las lenguas, preguntamos cuál es la mas remota historia, todas de acuerdo nos señalarán el centro del Asia como cuna de las naciones. Donde faltan documentos solo puede echarse mano de las hipótesis; pero habiéndose estas

(1) *Habitet Japhet in tabernaculis Sem. Gen., I° a 27.*

(2) Con Gengis-Kan.

(3) *Scienza nuova. I. 7.*

mezclado en los libros con las nociones positivas y con los hechos ciertos, importa estudiarlas y conocer su objeto, sus motivos y sus caracteres. Sin embargo, mientras los filósofos nos pintan al hombre primitivo como un bruto guiado tan solo por sus instintos, y que bajo el impulso de estos inventa las primeras sociedades, completamente materiales; nosotros al contrario, por mucho que nos remontemos á tiempos antiguos, encontramos siempre las ideas predominando sobre los intereses, las verdades invisibles sosteniendo á las palpables, el Estado gobernándose por el pensamiento de Dios, la familia rigiéndose por la conmemoracion de los muertos, el cuerpo tomando por guia el interes del alma. Vemos tambien el contraste mas vivo entre la libertad individual y el orden social, tan antiguos ambos como el primer pecado, y fundados en la naturaleza humana, que quiere ser libre y que sin embargo no se satisface con la soledad; así es que mientras por un lado la ley se esfuerza en dar á las sociedades orden, estabilidad y paz, por otro los instintos violentos arrastran al hombre á la independencia. Pero mientras todo esto atestigua la juventud de la sociedad, lejos de encontrar en ella el estado salvaje, desde el cual se fué elevando poco á poco aquel hijastro de la naturaleza hasta llegar á ser su rey, ya en aquellos primeros tiempos encontramos cuatro grandes imperios: el arameo, el egipcio, el chino, el indio. Estos dos forman la civilizacion del Tibet y del Japon, extraña al movimiento europeo; y el Egipto, en relaciones unas veces de guerra, otras de comercio con Persia y Babilonia, con los Árabes, Fenicios y Hebreos, es, no la fuente, sino el canal por el cual se propagan las ciencias, las artes, el culto, á las naciones occidentales, pelasga, etrusca, griega y romana, herederas de los cuatro imperios primitivos.

El choque de las dos civilizaciones se manifiesta primeramente cuando los Deucaliones del Asia y del África transforman en hombres las piedras de Grecia y del Asia Menor. Mil quinientos años antes de Cristo, todo es oriental del modo que lo han trasplantado las colonias fenicias, árabes, egipcias, personificadas en los tiempos de Ogiges y Cecrops, Pelops y Cadmo. Pero Prometeo, hijo de Jafet, ó sea la raza helénica descendiente del Septentrion, agita é inflama con nueva vida á estos seres regenerados, hasta que ella misma es subyugada por las costumbres del Oriente, y las monarquías son establecidas por todas partes. No tardan empero en sobrevenir los Heráclidas con la raza septentrional de los Dorios, y hacen prevalecer el Occidente, reduciendo los gobiernos á aristocracias feudales, pasando de la inmovilidad asiática á la variedad, é inaugurando verdaderamente el mundo occidental. El raptó de Europa y de Elena, los amores de Medea, la conquista del vellocino de oro y la toma de Troya, son las risueñas ficciones bajo las cuales encubren los poetas las inevitables batallas de estas contrarias ci-

vilizaciones. Ni se borran con la conquista las diferencias originarias; y la emulacion entre los Dorios y Jonios dura tanto como la Grecia, mostrándose alternativamente en la supremacia de los Atenienses desde Cimón á Pericles, en la de los Espartanos despues de la victoria de Egos-Pótamos, en la de los Tebanos, nacida y muerta con Epaminondas, hasta que la dominacion macedonia entrega el país afeminado y encadenado á la preponderancia occidental. Entretanto un pueblo, especialmente guiado por Dios, conserva pura la tradicion primitiva, que entre las demas naciones se contamina mas y mas á medida que se aparta de sus fuentes: y este pueblo divulga el pensamiento mas grandioso, el de un solo Dios, de cuya voluntad libre es un acto el universo.

**Época III.**  
Desde las Olimpiadas hasta Alejandro. 776-323 á. C.

Este pueblo tiene una historia propia; pero la de los demas ó calla ó se mece en ficciones que merecieron á aquella edad el título de fabulosa. Solo en el siglo VIII antes de Cristo empiezan á ordenarse los hechos por tiempos; y la era de las Olimpiadas (776) para la Grecia, la de la fundacion de la Ciudad (754) para los Romanos, la de Nabonasar (747) para los Babilonios y Egipcios, manifiestan que á la fábula sucede el tiempo histórico, á la edad de los héroes la de los hombres. La religion presenta la primera certeza cronológica en las listas de los sacerdotes conservadas por la casta sacerdotal: de estas, de los templos y de los tesoros sacó Heródoto todos sus conocimientos; y despues Pausanias refirió á monumentos religiosos todas las particularidades históricas.

Robustécese en Oriente la civilizacion, y la raza de los Persas descende de las montañas para rejuvenecer á los afeminados Medos y fundar uno de los mas vastos imperios. Pudiera muy bien decirse que este imperio, zeloso de la pequeña Europa, que sale á conquistar ciencias, artes y leyes, vomita sobre ella torrentes de hombres pidiéndola la tierra y el agua. Es el pasado que se enfurece contra el porvenir, la raza inmóvil contra la progresiva. Del mismo modo que Homero habia cantado el primer combate entre el Asia y la Europa, sacando de la barbarie la piedad y la admiracion, así Heródoto, testigo de la guerra pérsica, nos la trasmite en una narracion cuya unidad es precisamente la rivalidad entre Oriente y Occidente. En Maraton, en Salamina y en Platea, se decide la superioridad de la civilizacion europea sobre la asiática, y muy luego los pueblos que en un principio estaban separados, se aproximan y mutuamente se conocen; el espíritu humano, en el siglo desde Pericles á Alejandro, recorre mayor camino que el que en muchos siglos le habia señalado la imaginacion de los Indios, la profunda inteligencia de los Egipcios, el frio raciocinar de los Chinos, ó la voluntad obstinada de los Israelitas. Narrando la guerra médica y la del Peloponeso, adquiere la relacion el interes de la epopeya, entre el vuelo gigan-

tesco del pensamiento y de las bellas artes, entre los distinguidos caracteres de los héroes que conservan hasta en los delitos su grandeza, y que se nos presentan al traves de la ilusion que causan la distancia y la pluma de incomparables escritores.

Pero el Oriente, rechazado por las armas, subyuga con el ejemplo: la Grecia se doblega ante las costumbres del Asia, y despues de la paz de Antálcidas, el gran rey la organiza á su gusto. En tanto, para impedir que se corrompa completamente, baja del Septentrion una nueva gente, la Macedonia; y Alejandro, con una sublime reaccion, trata de colocar la civilizacion griega á la cabeza de la unidad oriental, consiguiendo únicamente plantar en el corazon del Asia un imperio europeo y fundar entre esta y el África una ciudad, que dará nuevo centro al comercio, y donde el genio griego, impotente ya para crear, se sentará entre los dos mundos para explicar al nuevo los arcanos del antiguo.

Alejandro, y mas que él sus sucesores, se dejan enervar por los vencidos y se convierten en príncipes orientales; pero la civilizacion ha salido del santuario para hacerse proclamar en las escuelas, y propagada por las colonias por toda la costa del Mediterráneo, da un gran paso conquistando la Italia.

La variedad, carácter griego en las instituciones, en las artes, en la ciencia, tiende en Italia á aglomerarse en rededor de Roma, que constituida con elementos discordes sale á la conquista de la libertad propia y de los territorios ajenos; grande en las victorias, mas grande en los desastres, y atenta á espiar en la paz la oportunidad de asegurar el buen éxito en la guerra. Roma, mas jóven, ha perdido de vista en sus orígenes á los dioses y mira como su fundador á un héroe. Su historia es la de una ciudad mirada en pequeño; en grande, es la historia de todo el antiguo heroísmo, la liza en que combaten lo finito con lo infinito, la generalidad abstracta con la personalidad libre, la aristocracia, representante de la estabilidad asiática, con la democracia engendrada por el movimiento europeo. Y prevalece este; y la *edad humana* de Vico, que no se vió jamas en la Grecia, nace con la verdadera libertad en Roma, la primera que trata de unir, fundir y organizar los pueblos, hasta entónces reducidos á comunidades particulares, ó á aglomeraciones forzadas.

Desde este punto la atencion se reconcentra en Roma, la cual despues de haberse asimilado, aunque con alguna dificultad, los primitivos elementos, se lanza como un gigante para apropiarse el universo. Dotada de maravillosa perseverancia en sus vastos designios, tiene que habérselas con naciones que se sostienen solo por las leyes del equilibrio, variables en sus alianzas y atentas únicamente á crecer é impedir que las demas se aumenten. ¿Podia ser dudoso el éxito? Cuando Roma se desborda de la vencida Italia, se encuentran frente á frente las estirpes jafética y semítica: aquella con el genio

**Época IV.**  
Guerras púnicas 323-15 á. C.